

Hacia la (re)construcción del aporte de las escritoras a las literaturas de Latinoamérica y el Caribe

Towards the (re)Construction of the Contribution of Women Writers to the Literatures of Latin America and the Caribbean

Silvia Alicia Manzanilla Sosa – UADY / Universidad Modelo

Resumen: La digitalización de acervos documentales ha revelado que gran parte de la literatura femenina ha sido históricamente marginada. Las escritoras latinoamericanas y caribeñas no son la excepción. Los materiales necesarios para documentar sus contribuciones y biografías están dispersos globalmente, a menudo con acceso restringido. Aunque existen iniciativas para sistematizarlos, estas suelen limitarse a períodos específicos, grupos concretos de escritoras, movimientos, géneros o regiones determinadas. Mi investigación posdoctoral combina humanidades digitales y literatura tradicional para visibilizar el aporte de escritoras latinoamericanas y caribeñas nacidas entre 1435 y 1940. Este artículo presenta resultados de este proyecto que busca reivindicar sus contribuciones a través de metodologías interdisciplinarias.

Palabras clave: humanidades digitales, estudios de género, literatura latinoamericana, literatura caribeña, historia literaria

Abstract: The digitization of documentary collections has revealed that a significant portion of women's literature has been historically marginalized. Latin American and Caribbean women writers are no exception. Materials needed to document their contributions and biographies are scattered globally, often with restricted access. While initiatives to systematize these materials exist, they typically focus on specific periods, particular groups of writers, movements, genres, or limited regions. My postdoctoral research combines digital humanities and traditional literature to make visible the contributions of Latin American and Caribbean women writers born between 1435 and 1940. This article presents results from this project that seeks to reclaim their contributions through interdisciplinary methodologies.

Keywords: digital humanities, gender studies, Latin American literature, Caribbean literature, literary history

Fecha de recepción: 18 de junio de 2024

Fecha de aceptación: 13 de noviembre de 2024

Como sabemos quienes nos dedicamos a estudiar el arte verbal, a lo largo y ancho del globo una porción significativa de la literatura hecha —publicada, publicitada o escrita— por mujeres de siglos anteriores al nuestro ha sido despreciada u olvidada por varias de las instituciones reguladoras de la vida pública, o acaso sencillamente no ha logrado, por razones de diversa índole, abrirse un espacio propio en las historias literarias, en los manuales especializados, en las guías didácticas para docentes, en las currículas a nivel básico o superior, en los anaqueles de las bibliotecas públicas, y un largo etcétera.

En contraste con lo ocurrido en el ámbito institucional o regulador de la vida pública, en décadas recientes los nombres de varias escritoras —como Elena Garro, María Luisa Bombal, Rosario Castellanos, Clarice Lispector o Silvina Ocampo— y los títulos de algunas obras suyas han ido ganando presencia en las conversaciones del público aficionado a la lectura, en los catálogos de las casas editoriales, y en actos oficiales como las conmemoraciones en el marco del Día de las Escritoras, el Día Internacional de la Mujer, o el Día Internacional de la Erradicación de la Violencia contra la Mujer. Las nuevas generaciones lectoras han materializado este interés usando en redes sociales etiquetas como #leoautorasoc, #leoautoras, #yoleoautoras, #leoautorassiempre o #leoautorastodoel año, con millares de publicaciones en Instagram, Twitter, y Tiktok.

La nómina de escritoras crece día a día de maneras insospechadas. La recuperación de sus datos biográficos y sus obras obedece a diversos factores, incluyendo tanto la digitalización y divulgación de acervos documentales como el afán de numerosas personas empeñadas en hallar agujas en pajares digitales. En consonancia con esto último, en 2022 inicié el proyecto “Humanidades Digitales y estudios de género: recuperación, recopilación y visibilización de la literatura hecha por mujeres en y de Latinoamérica y el Caribe hasta 1960”, auspiciado por el Consejo Nacional de Humanidades, Ciencias y Tecnologías mediante el programa Estancias Posdoctorales por México 2022 (3), bajo la asesoría de la Dra. Margaret Shrimpton Masson, con sede en la Universidad Autónoma de Yucatán (2022-2024). Dado que esta investigación me ha exigido diseñar recursos específicos para avanzar en la triple labor de documentar, organizar y estudiar la producción literaria de escritoras de Latinoamérica y el Caribe (LAC, por sus siglas en inglés), es decir, pertenecientes a los países de la región geográfica así denominada —bajo el código 419— en el Estándar M49 de las Naciones Unidas (1999), en este artículo me permito compartir algunas posibles vías para acometer dicha labor de la mano de las nuevas tecnologías.

¿Nuevo *boom* de escritoras?

En 2014 la argentina Samanta Schweblin publicó *Distancia de rescate*, su primera novela, que de inmediato llamó la atención de la crítica internacional y un año después ganó el Premio Tigre Juan, instituido en 1977 en Oviedo, España, para galardonar a las mejores obras narrativas en castellano. En 2017 la novela de Schweblin fue traducida al inglés por Megan McDowell y publicada por Riverhead Book bajo el título de *Fever Dream: A Novel*, y el mismo fue seleccionado por el Man Booker International Prize, a cargo del *Man Group* del Reino Unido. Desde 2018 ha *Distancia de rescate* conquistado numerosos galardones y reconocimientos. En pleno auge de esta novela, el 14 de agosto de 2017, la periodista Paula Corroto publicó en *El País* un artículo titulado “El otro ‘boom’ latinoamericano es femenino” en donde afirma:

El número de hombres todavía supera al de mujeres en esta lista (26 frente a 13) [Corroto se refiere a la lista Bogotá 39, del Hay Festival], pero lo cierto es que nunca antes se había visto este aluvión de publicaciones, premios y alabanzas en España (y no solo en sellos pequeños sino también en Penguin Random House, Seix Barral o Anagrama), América Latina y el mundo anglosajón, a novelas escritas por autoras procedentes del otro lado del charco. Después de los Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa y Julio Cortázar, entre otros, de hace más de cinco décadas, ¿hay un boom latinoamericano en femenino?

Las opiniones de Corroto provocaron reacciones a favor y en contra. La irrupción del movimiento #MeToo en Internet, también de 2017, con su marejada de denuncias por acoso sexual, misoginia y sexismo en casi todas las esferas del ámbito público, incluyendo el literario, contribuyó a revalorar la pertinencia de recuperar la voz de las escritoras históricamente invisibilizadas.

De manera muy significativa, entre las objeciones planteadas a las etiquetas “nuevo boom latinoamericano” o “boom femenino” destacan las de varias escritoras nacidas a partir de la década del setenta, ubicadas en dicha categoría; por ejemplo, Feria Internacional del Libro de Guayaquil de 2021, la ecuatoriana Mónica Ojeda, la uruguaya Fernanda Trías, la boliviana Giovanna Rivero y la mexicana Jazmina Barrera participaron en una mesa titulada “No somos un boom: escritoras en el horizonte latinoamericano”. De igual modo, en una entrevista escrita para *elDiario*, Ojeda abundó: “Creo que la mirada sobre el asunto sigue siendo, en el fondo, patriarcal, porque se sigue mirando con sorpresa que haya mujeres escribiendo bien y siendo leídas. Ya es hora de que dejemos la sorpresa a un lado y que asumamos esto con normalidad” (Giménez Lorenzo s.p.). La sorpresa aludida por Ojeda parece menos el signo de un cambio radical en el estado de cosas que una muestra de los estereotipos asimilados a propósito de la participación de las mujeres en el ámbito literario de LAC.

Una de las hipótesis iniciales de mi proyecto posdoctoral fue que, si bien siempre ha habido escritoras incidiendo en su realidad inmediata, éstas apenas han sido tomadas en cuenta al momento de la construcción de los relatos acerca del pasado cultural (histórico, político, social, artístico...). Si no contamos a la forjadora de cantos Macuizochitzin, nacida en siglo XV en el México azteca, podemos iniciar el conteo en el siglo XVI con figuras como Leonor de Ovando, Teresa de Cepeda y Fuentes —mejor conocida como Teresa de Ahumada—o Amarilis—probable seudónimo de María Rojas y Garay—, y la autobiógrafa María Magdalena de Lorravaquio, por mencionar sólo a mujeres identificadas. En el XVII encontramos a sor Juana, María Inés de los Dolores, Gertrudis Dávalos, Francisca Carrasco, Úrsula Suárez y Francisca Josefa del Castillo. Con el paso de los siglos la nómina crece de manera significativa, en una dinámica *in crescendo*, con sus variaciones. La siguiente gráfica muestra el año de nacimiento de las 1941 escritoras que hasta ahora he logrado consignar, incluyendo los 346 casos de quienes no he podido determinar el dato —última columna.

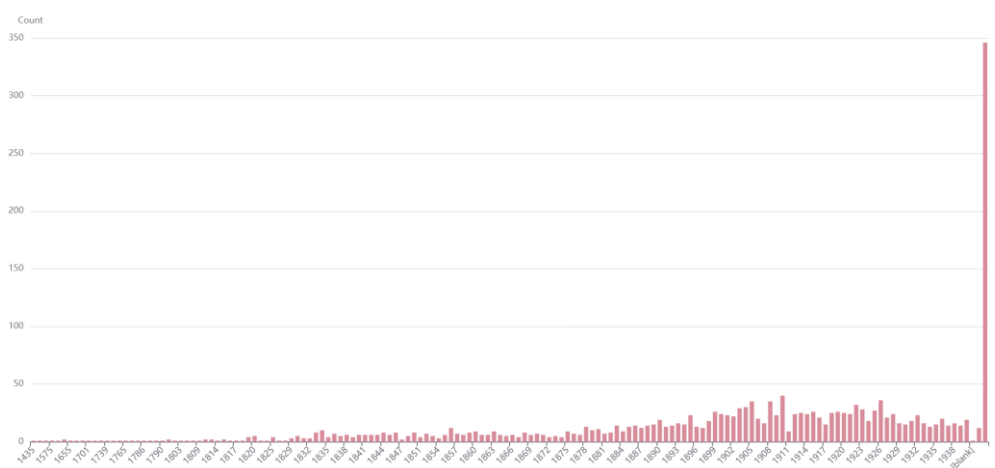


Fig. 1. Año de nacimiento de las escritoras registradas (Fuente: elaboración propia).

Dado que mi investigación se limita a escritoras nacidas hasta 1940 —de este año hacia atrás—, me resulta imposible dar cuenta de la progresión después de esta fecha. Sin embargo, sopesando la cantidad de obras publicadas por mujeres desde 1960, listadas en catálogos de bibliotecas nacionales alrededor del mundo —como la Biblioteca Nacional de Chile, la Biblioteca Nacional de Colombia, la Biblioteca Nacional Mariano Moreno (Argentina), e incluso la Biblioteca Nacional de España—, cabría especular respecto a que la dinámica siguió *in crescendo*. A inicios del siglo XXI el supuesto “boom” de escritoras parecería más bien un resultado orgánico de este mismo impulso. Para decirlo junto con la boliviana Giovanna Rivero:

La innegable noción de inmediatez que acarrea el término boom es nociva: pareciera que la mayor presencia en los circuitos culturales y editoriales de la producción literaria de algunas escritoras se hubiera dado por una suerte de “incineración espontánea”, sin trabajo de años. Asimismo, la connotación de estallido del boom fragmenta hermandades, elimina genealogías, subestima los caminos y conquistas de escritoras de generaciones anteriores. (Giménez Lorenzo s. p.)

. La denuncia de Rivero vale para otras disciplinas, no sólo la literaria. El uso de las etiquetas de *boom* y *literatura de mujeres* para aludir a las escritoras contemporáneas y su obra desdibuja la diversidad de sus propuestas artísticas y mantiene en la sombra a las de otros siglos. No obstante, como ha señalado la filósofa y crítica chilena Lorena Amaro al reflexionar acerca de las distintas condiciones del trabajo autorial de mujeres históricamente invisibilizadas y las del siglo XXI, en el caso de las primeras, insistir en el *ghetto* admitiría un “potencial estratégico”, según lo sugirieron las críticas chilenas Andrea Kottow y Ana Traverso (como se cita en Amaro 32). La conclusión a la cual llega Amaro es que quizá se insiste en hablar de una *literatura de mujeres* “porque la condición de posibilidad de una revisión de la historia literaria y de las tradiciones críticas locales, pase por concebir estas categorías estratégicamente, y no como la consecución de un fin o la constatación de un hecho originario” (32-33). Ni las mujeres son una esencia, ni su literatura es un *continuum*.

¿Genealogías de escritoras?

Giovanna Rivero, citada líneas atrás, ha hecho notar que la connotación de estallido del boom fragmenta hermandades y elimina genealogías. En efecto, la eliminación de ciertas genealogías en favor de otras es una estrategia habitual de legitimación y (auto)reconocimiento empleada por los grupos hegemónicos. La genealogía ha sido conceptualizada como un recurso metodológico potente y útil para (re)construir el aporte de las mujeres al ámbito cultural en general.

Entre quienes han recuperado la genealogía para llevarla a los estudios feministas destaca la filósofa española Rosa María Rodríguez Magda, en su libro *Foucault y la genealogía de los sexos* (2004). En él, tras comentar de manera pormenorizada la genealogía según Michel Foucault, Rodríguez sostiene:

considero que la investigación feminista, comparte esta doble vertiente de la genealogía: a) atención a los saberes descalificados: tradición oral, curanderismo, textos femeninos inclasificables, artesanía, usos médicos y culinarios, recursos en el cuidado de niños y enfermos, y b) saberes eruditos específicos: ginecología, investigación jurídico-legal, tratados de pedagogía, escritos y actividades en conventos femeninos, reconstrucción de salones literarios, manuales de dirección

espiritual, de formación, de higiene, consejos de expertos sobre la maternidad, la sexualidad, la educación de los niños. Aunar ambas fuentes de conocimientos en reformulaciones teóricas que ofrezcan alternativas a esa Historia global, de hechos y de ideas, que deja fuera a las mujeres, constituye un reto intelectual urgente. Pues no partimos de la nada, sino de un material disperso, menospreciado, heterogéneo, insuficiente y postergado, pero que constituye el único legado con el que reconstruir los trazos de una presencia sesgada, siempre que el reto de asumirlos y proyectarlos con nuevas metodologías pueda conjurar la invisibilidad reiterada. (53)

Para estar en condiciones siquiera de comenzar a visibilizar y reconocer la red de vasos comunicantes entre escritoras, obras, propuestas artísticas y demás, nos vemos en la obligación de (re)construir un corpus literario más o menos coherente para intentar responder a preguntas del tipo: ¿Cuántas escritoras hubo? ¿Qué y cómo escribieron esas mujeres? ¿Qué temas les interesaron? ¿Cuáles fueron sus aportes a su realidad cultural y literaria? ¿Qué publicaciones periódicas e instituciones fundaron o dirigieron, o en cuáles participaron? ¿Qué grupos integraron? ¿Qué pensaban ellas mismas sobre su trabajo como poetas, narradoras, dramaturgas, ensayistas, traductoras, editoras, periodistas, etc.? ¿Qué problemas enfrentaron? ¿Qué agencia tuvieron? ¿Con qué escritoras/es y con qué obras establecieron un diálogo a título personal y a través de sus escritos? ¿Se consideraban a sí mismas escritoras?

Entre los obstáculos para visibilizar la aportación de las mujeres escritoras, editoras, traductoras, críticas literarias, etc., de siglos anteriores a las literaturas de LAC, y reconstruir sus biografías, desataca la dispersión de los libros, los periódicos, las revistas, los folletos, las cartas, los manuscritos, los pliegos impresos, y demás recursos primarios. En algunos casos hasta determinar los nombres de esas mujeres —de solteras, si firmaban con el apellido de su esposo; natal, si utilizaban seudónimo; o laicos, si tomaron los hábitos—, así como los años de su nacimiento y su fallecimiento se torna una empresa difícil, cuando no imposible. Dichos materiales bibiohemerográficos están dispersos alrededor del mundo y, de unos años para acá, también en internet, muchas veces en modalidades de acceso limitado o restringido, sobre todo para quienes vivimos fuera de Europa y los Estados Unidos de América.

Por fortuna, en la actualidad el panorama ha ido mejorando, pues han surgido y siguen surgiendo valiosos esfuerzos para hacer frente a ese obstáculo, si bien suelen enfocarse en un rango temporal moderado, un movimiento artístico, una agrupación, un género literario, una selección de publicaciones periódicas, o un puñado de países. Entre los proyectos nacionales más conocidos valdría mencionar el catálogo digital “Decimonónicas”, de la Mtra. Haydeé Salmones, centrado en escritoras mexicanas del siglo XIX; el “Catálogo del cuento mexicano”, de la Dra.

Liliana Pedroza, enfocado en cuentistas de los siglos XX y XXI; y, por supuesto, *Vindictas*, proyecto de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México, dedicado a visibilizar el aporte de las mujeres a la literatura, las artes escénicas y visuales, la danza, la música y la ciencia.

Desde mi perspectiva, sería útil y necesario realizar un movimiento complementario encauzado a potenciar la creación y la plasmación de visiones de conjunto que, de forma dinámica, evidencien diálogos, tracen redes, rastreen patrones y ofrezcan diversas rutas de navegación entre obras, propuestas estéticas, temas, regiones geográficas, escritoras, familias, etc. Sólo entonces podremos percibir con mayor nitidez la contribución de las escritoras a las literaturas de Latinoamérica y el Caribe. Por ello, mi trabajo se orienta en esta dirección, y, dada la complejidad de la tarea, conjuga diversos enfoques disciplinares, con énfasis en las humanidades digitales y la investigación literaria.

En las siguientes páginas compartiré algunas reflexiones derivadas de mi proyecto posdoctoral en curso, fundado en una hipótesis, confieso, bastante sencilla y no tan novedosa: las escritoras de LAC fueron mucho más numerosas y mucho más prolíficas de lo que sabemos hasta el momento. No obstante, la novedad u originalidad de mi investigación podría radicar, no tanto en el *qué*, sino en el *cómo*. Pero antes me permitiré formular algunos comentarios respecto al rol de lo digital en mi investigación.

¿Los “cielos digitales” nos han revelado algo nuevo?

En 2016, un grupo de investigación del *Stanford Literary Lab*, liderado por Mark Algee-Hewitt, publicó un folleto con el siguiente cuestionamiento: “It’s a moment of euphoria, for quantitative literary history: like having a telescope that makes you see entirely new galaxies. And it’s a moment of truth: so, have the digital skies revealed anything that changes our knowledge of literature?” (Algee-Hewitt et al. 1). Han transcurrido apenas ocho años desde entonces y, si bien la euforia por ese increíble “telescopio metafórico” no ha disminuido, nos hemos familiarizado con las galaxias literarias que no dejan de aparecer en el horizonte de nuestro conocimiento, gracias a la tendencia global hacia la digitalización y la difusión de acervos. La pregunta, no obstante, permanece: ¿los cielos digitales han revelado algo que cambie nuestro conocimiento acerca de la literatura?

En el mismo folleto, el *Stanford Literary Lab* mostró que las proporciones tradicionales entre cuatro conceptos básicos de la investigación analógica se han modificado radicalmente en el mundo digital: publicaciones, archivo, corpus y canon. A continuación, sintetizo su propuesta: ‘Publicaciones’ son la totalidad de la literatura *hecha pública*. Este énfasis permite sumar al rubro textos no publicados en el sentido habitual del término, sino *hechos públicos* mediante su lectura o su

interpretación oral, su puesta en escena, y demás formas de divulgación, así como el material inédito cedido a las instituciones. El ‘archivo’ lo integran las publicaciones conservadas en nuestros días. Un ‘corpus’ es la porción del archivo seleccionada por alguien con fines específicos. Y, por último, un ‘canon’ es un número relativamente pequeño de textos elegidos y consagrados para su estudio pormenorizado (Algee-Hewitt et al. 2-3). La consagración de textos —o de personas— queda, claro, en manos de las autoridades en la materia, y conviene entender que cada canon tiene sus propios criterios y su respectiva vigencia.

Hasta antes de la entrada de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación al ámbito de la investigación literaria, por lo general un corpus era una fracción o una capa del archivo, y éste, una fracción o una capa de las publicaciones. La era digital ha reconfigurado estas proporciones. Para decirlo junto con Algee-Hewitt y sus colegas:

with digital technology, the relationship between the three layers has changed: the corpus of a project can now easily be (almost) as large as the archive, while the archive is itself becoming — at least for modern times — (almost) as large as all of published literature. When we use the term “archive”, what we have in mind is precisely this potential convergence of the three layers into one. (Algee-Hewitt *et al.* 2)

Sirva de ejemplo la labor de este mismo grupo, que se había propuesto analizar 4000 novelas en inglés, publicadas entre 1750 y 1880. Como digitalizarlas y reunir las implicó más tiempo y presupuesto de lo previsto, su investigación arrancó con *solo* 1 117 novelas, mientras conseguía el resto. La intención del proyecto era hacer coincidir, en la medida de lo posible, *publicaciones*, *archivo* y *corpus*.

Si trasladamos las preocupaciones del *Stanford Literary Lab* al campo específico de la literatura hecha por mujeres de siglos anteriores al nuestro, se nos revelan de inmediato algunos asuntos interesantes o curiosos. En primer lugar, se confirma que sus ‘publicaciones’ fueron muchísimo más numerosas de lo esperable por quien se conformase con leer sólo lo consignado en la mayoría de las historias literarias y en los registros bibliográficos más acreditados del siglo XX y parte del XXI. Como muestra se podría mencionar el caso de la argentina Raquel Adler, quien vio publicadas como libro u opúsculo al menos 15 de sus obras, y durante años tuvo a su cargo la sección “Libros femeninos” de *La literatura argentina. Revista bibliográfica*. El conteo de los libros de literatura reseñados por Adler de 1931 a 1934 (revisé los números del 37 al 84) asciende a más de 60. En contraste, la misma revista incluía mes a mes una sección denominada “Actualidad bibliográfica”, en la cual solían figurar únicamente obras de varones. Otro ejemplo

podría ser el de la cubana/española Gertrudis Gómez de Avellaneda, pues pese a ser una escritora tan visible, conocida y estudiada, todavía no cuenta con una bibliografía sistemática y exhaustiva de su obra.

En segundo lugar, pese a que un porcentaje considerable de dichas publicaciones se ha extraviado o ha sido destruido, la creciente digitalización de acervos institucionales ha vuelto a sacar a la luz obras dadas por perdidas, e incluso algunas desconocidas hasta para la crítica especializada. Esto no es exclusivo de las obras hechas por mujeres, claro. Sin embargo, la sensibilización de grandes capas de la población respecto a la invisibilización histórica de los aportes de las mujeres a varias esferas de la actividad humana igual ha impulsado la revalorización de su literatura y la toma de conciencia acerca de la importancia de recuperar sus obras y sus nombres. Esto ha generado hallazgos como, por ejemplo, los 59 números de *La Violeta, Quincenal de Literatura, Social, Moral y de Variedades dedicado a las familias*, primer periódico del noreste mexicano dirigido y redactado por mujeres, donados el año pasado por Mtra. Marta Nualart Sánchez —bisnieta de una de las colaboradoras del periódico— a la Biblioteca de Colecciones Especiales Miguel de Cervantes Saavedra, del Tecnológico de Monterrey. Los ejemplares del siglo XIX, sorprendentemente bien conservados, ya están digitalizados y se pueden consultar en línea.¹ Algunas instituciones europeas igual se han abocado a la tarea de poner a disposición del público materiales digitalizados fundamentales para estudiar la literatura de este lado del mundo. Es el caso de la colección Revistas culturales de América Latina del Instituto Ibero-Americano, cuya biblioteca es una de las más grandes a nivel mundial especializada en América Latina, y de la Biblioteca Digital del Patrimonio Iberoamericano, portal de la Asociación de Bibliotecas Nacionales de Iberoamérica. Entonces, la diversidad y el tamaño del archivo también rebasan las expectativas habituales.

Por último, y a juego con todo lo anterior, poco a poco se aprecian mejor los sesgos androcéntricos de los cánones, valga la redundancia, más canónicos, si bien sus procesos de exclusión van más allá de las categorías de género y sexo. Como afirma Beatriz Suárez Briones, los criterios que los han creado “excluyen los logros no sólo de las mujeres sino también de gentes de otras razas, clases u opciones sexuales distintas a la dominante; el canon es masculino, blanco, burgués, heterosexual y occidental” (27). A guisa de ejemplo, comparto una visualización de la cantidad de mujeres y varones cuyos poemas fueron incluidos en *América poética*, publicada por Juan María Gutiérrez en 1846. Las únicas dos escritoras antologadas fueron Gertrudis Gómez de Avellaneda (26 poemas) y Mercedes Marín Recavarren (3 poemas).

¹ Enlace al recurso: <https://repositorio.tec.mx/handle/11285/650987> .

Uno de los resultados de mi labor es un registro en donde cohabitan mujeres tan dispares como Macuilxochitzin/Macuilxóchitl (“Cinco Flor”), la *cuicapicqui* o “forjadora de cantos” [*cuícatl*] tenochca, quizá testigo de la irrupción europea en América; sor Tadea de San Joaquín, relatora de la inundación del río Mapocho en 1783, cuya existencia trascurrió intramuros del Monasterio de Carmelitas de Santiago de Chile; Josefa Acevedo, quien nació en el Virreinato de Nueva Granada, vivió durante la Gran Colombia y la República de la Nueva Granada, y falleció en la Confederación Granadina; Nelly Fonseca Recavarren, o Carlos Alberto, la identidad de varón que asumió desde sus 9 años, tras un accidente, hasta poco antes de su muerte, a los 41; la argentina Victoria Ocampo, una de las figuras intelectuales y culturales más destacadas de su época; la salvadoreña Prudencia Ayala, indígena, madre soltera, autodidacta y primera aspirante a la Presidencia de un país latinoamericano, cuando en El Salvador las mujeres ni siquiera tenían derecho al voto; la barcelonesa Nuria Parés —Nuria Balcells de los Reyes—, radicada de forma permanente en México luego del estallido de la Guerra Civil Española; la norteamericana Janet Jagan —Janet Rosenberg—, quien llegó a ser presidenta de la República Cooperativa de Guyana... y un amplísimo abanico de mujeres con todo tipo de intersecciones de clase, etnia, orientación sexual, estado civil, etc.

La provisionalidad mencionada por García de León también me ha llevado a referirme a *literatura hecha por mujeres* para hablar del conjunto de textos publicados, publicitados o escritos susceptibles de ser considerados *literarios* —otra etiqueta— generados por mujeres en su función de productoras de arte verbal y, en última instancia, de conocimiento. Soy consciente del riesgo de fomentar un círculo vicioso al registrar como escritoras a mujeres que quizá no lo fueron, o no según las acepciones contemporáneas, y de estudiarlas como escritoras por haberlas registrado bajo tal etiqueta. En este primer tramo de mi investigación, de talante empírico, he recurrido al sentido más básico del vocablo *escritora*: una persona presentada como mujer que ha escrito algo interpretable como literatura, por cuanto dialoga en el plano artístico —formal o estético— con obras reputadas como literarias. Me he esforzado por identificar a las personas biográficas, de carne y hueso, detrás de los nombres del repertorio, a fin de no convertirlas en una entidad neutra y homogénea. Como sostiene la filósofa argentina Ana María Bach, “en tanto seres humanos nuestra situación está biográficamente determinada: nacemos en el seno de algún tipo de conformación familiar y en un medio social que nos transmite, a veces en forma deliberada y en un momento históricamente determinado, lo que delimita, en cierta medida, nuestras posibilidades y modos de elección y acción” (2010,13). La etiqueta de escritoras hace las veces de la metafórica mesa-mundo de Hannah Arendt, que une y separa a la vez a las personas que la tienen en común (2001, 62). Sin la mesa, nos quedaríamos con una colectividad amorfa e

indiferenciada, incapaces de transformarla en objeto de análisis, debido a la imposibilidad de agrupar, relacionar y separar a sus integrantes.

En consonancia con lo anterior, junto con esas personas de carne y hueso, he registrado como “escritoras” los seudónimos femeninos, o nombres de mujer, detrás de los cuales encontramos a varones: Edda (Rafael Pombo), Yarlpa (José Caicedo Rojas), Clementina del Castillo (probablemente Federico Lacayo), Rosa Espino (Ignacio Manuel Altamirano), Leonor Manrique (Vicente Holguín), Lydia Nogales (Raúl Contreras), Esmeralda Rubí (Luis R. Flores) y Rosina Pérez (Antonio Parejo); e igual a Emma Berdier, inventada por divertimento por Juana Manuela Gorriti y Bernabé Demaría. Tres poemas de Berdier fueron antologados en *América poética. Poesías selectas americanas: con noticias biográficas de los autores*, publicada en 1875 por José Domingo Cortés, quien no estaba al tanto de la broma de Gorriti y Demaría. Sobre Clementina del Castillo aún pende la duda de su existencia. Siguiendo con la metáfora de Arendt, he dispuesto para ellas en la mesa un lugar —una categoría— para distinguirlas de las escritoras biográficas.

Sin embargo, si se piensa con detenimiento, los registros de nombres de escritoras son justo eso: un catálogo de nombres propios, variantes y seudónimos correspondientes a personas presentadas como mujeres que ha escrito algo susceptible de ser interpretado como literatura. ¿Sería válido calificarlo de catálogo de autoras? ¿Son todas autoras? ¿Qué debemos entender por esta palabra? Los problemas se multiplican cuando aparecen en el horizonte los conceptos de *autor*, *obra* y *atribución* (puente tendido entre ésta y aquél). En su célebre conferencia “¿Qué es un autor?”, Michel Foucault compartió las siguientes reflexiones:

Se dice, en efecto (y una vez más es una tesis muy familiar), que lo propio de la crítica no es poner de relieve las relaciones de la obra con el autor, ni querer reconstituir a través de los textos un pensamiento o una experiencia; más bien tiene que analizar la obra en su estructura, en su arquitectura, en su forma intrínseca y en el juego de sus relaciones internas. Ahora bien, hay que plantear un problema en seguida: “¿Qué es una obra?”, ¿qué es, pues, esa curiosa unidad que se designa con el nombre de obra?, ¿de qué elementos está compuesta? Una obra, ¿no es aquéllo [*sic*] que escribió aquél [*sic*] que es un autor? Se ven surgir las dificultades. Si un individuo no fuera un autor, ¿podría decirse que lo que escribió, o dijo, lo que dejó en sus papeles, lo que se pudo restituir de sus palabras, podría ser llamado una “obra”? Mientras Sade no fue un autor, ¿qué eran entonces sus papeles? Rollos de papel sobre los cuales, hasta el infinito, durante sus días de prisión, desenrollaba sus fantasmas. (1984, 56)

Autor comparte raíz con *autoridad*, algo que la enorme mayoría de las mujeres nunca ha tenido. Y quizá sólo un puñado de ellas se dedicó de tiempo completo a la literatura. Pero, si todas esas mujeres no fueron precisamente autoras,

¿qué escribieron? ¿Textos, y no *obras*? ¿Cómo establecer la diferencia entre unos y otras? Más adelante en su conferencia, Foucault añadió: “Entre los millones de huellas dejadas por alguien tras su muerte, ¿cómo puede definirse una obra? La teoría de la obra no existe y aquellos que, ingenuamente, emprenden la edición de obras carecen de esta teoría y su trabajo empírico se paraliza muy rápidamente” (1984, 57). Con la intención de evitar esta parálisis, he continuado el trabajo empírico con miras a poder examinar el corpus provisional y, con base en él, ir perfilando la reflexión para contribuir a aclarar los conceptos de escritora, autora, obra, y demás, ya puestos en tierra, por decirlo de algún modo, o situados.

Hacia la (re)construcción de un panorama desdibujado

En el prólogo al libro *Oasis de arte. Crónicas de viaje por Europa*, publicado hacia 1911 por la peruana Zoila Aurora Cáceres, Rubén Darío escribió:

Confieso ante todo que no soy partidario de las plumíferas; que Safo y Corina me son poco gratas y que una Gaetana Agnesi, una Teresa de Jesús, o una George Sand me parecen casos de teratología moral. ¿De dónde proviene mi poco apego a las mujeres de letras? Posiblemente, o seguramente, porque todas, con ciertas raras excepciones, son feas. Evangelina (seudónimo de Zoila Aurora) no se encuentra en este caso, pues ha sido y es gala de los salones, tanto por su espíritu como por su beldad, gracia y elegancia. Baste con decir que es una compatriota de Santa Rosa de Lima. (VIII)

Al parecer, según Darío, a Cáceres se le dispensaba su incursión en la literatura porque era bella, grácil y elegante, compatriota de una santa y, encima, podría añadirse, miembro de la élite socioeconómica de su tiempo. Pero, ¿qué hay de las demás? No cito a Darío para delatarlo como machista o misógino —ahí están sus escritos—, sino para alertarnos respecto al peso que, durante siglos, han tenido las ideas sobre el “deber ser” de las mujeres al momento de seleccionar, calificar, interpretar y organizar la producción artística de las sociedades. Darío fue apenas una pieza del engranaje. En cambio, sí me interesa señalar que la maquinaria histórica encargada de construir y moldear nuestra imagen del panorama literario ha sido creada y mantenida por varones como él. Por lo tanto, no sorprende que, como mencioné al inicio de este trabajo, una porción significativa de la literatura producida por mujeres haya quedado al margen o en el olvido.

El objetivo de mi investigación es ayudar a documentar de manera más completa y nítida el aporte de las mujeres a las literaturas latinoamericanas y caribeñas, de la mano de las nuevas tecnologías... Algo así como enfocar el telescopio del que hablaban Algee-Hewitt y sus colegas para explorar desde este lado del mundo una región de los cielos digitales.

Para ello, me he dedicado a acopiar y registrar una vasta cantidad de material bibliohemerográfico, a partir del cual estoy elaborando un catálogo de escritoras y un repertorio literario. El resultado es una enorme cantidad de datos digitales, aquí concebidos como “a digital, selectively constructed, machine-actionable abstraction representing some aspects of a given object of humanistic inquiry” (Schöch); es decir, opté por sumarme a quienes por *datos* entienden, no algo dado (data), sino algo construido activamente como interpretaciones del mundo fenoménico (Drucker), o *capta*. Mi base de datos sigue el modelo entidad-relación. Las entidades o los nodos son escritoras, periódicos, revistas, libros, manuscritos, poemas, cuentos, telegramas, etc.



Fig. 3. Nodos Primarios (Fuente: elaboración propia)

También sirve como nodo un amplio espectro de información asociada a esos nodos primarios: seudónimos, países, años, fechas concretas, ciudades, divisiones territoriales, editoriales, etc. Y relaciones o aristas son todos y cada uno de los vínculos entre las entidades: autoría, parentesco, mención, nacionalidad, etc. Esta base de datos, a diferencia de otras, sí tiene pretensiones de exhaustividad. Mi labor se orienta a fundamentar una metodología apropiada y construir “smart data” (Schöch), con miras a garantizar a futuro el crecimiento exponencial de los registros, así como potenciar el trabajo colaborativo, y ofrecer al público, tanto especializado como general, recursos que sirvan para ensanchar su comprensión y su conocimiento acerca de la vida y la obra de estas escritoras. Un producto especializado valioso serían las ediciones críticas, como se aprecia en este ejemplo de un poema de la guatemalteca Jesús Laparra.

Los primeros resultados de mi investigación confirman la hipótesis enunciada al inicio, pues he logrado registrar al menos una muestra del quehacer literario (archivo) de 1940 escritoras con alguna contribución a las literaturas latinoamericanas o caribeñas, aun si no fueron nativas de estas tierras. Por ejemplo:

Miyó Vestrini (Marie-José Fauvelle), nacida en Francia, vivió en Venezuela y abrazó para sí la nacionalidad venezolana; Alfonsina Storni, nacida en Suiza, se nacionalizó argentina; Josefina Plá, nacida en España, fue también paraguaya e hizo su vida como tal; sor María Ernestina Larráinzar, nacida en Italia debido a una estadía familiar en Europa, descendía de madre guatemalteca y padre mexicano; y Janice Jagan (de apellido paterno Rosenberg), nacida en los Estados Unidos, llegó a ser Presidenta de Guyana. Los ejemplos abundan. De igual manera, este registro da cuenta de contactos, tal vez, menos esperados entre Latinoamérica, el Caribe y latitudes más distantes. Valdría mencionar el caso de la húngara Isabel Balla, sobreviviente del Holocausto, quien se mudó a Argentina hacia 1954; de Irina Darlé, nacida en Rusia y vecindada en Guatemala; de Mary Yanni, oriunda del Líbano, radicada en Chile; y de Lina Lobos, seudónimo de Liba Goldberg, nacida en Polonia, pero nacionalizada Argentina.

UN RECUERDO¹

Bello, caro recuerdo delicioso,
aún te presentas, lleno de alegría,
dulce, como la plácida armonía
de algún sonido tierno y melodioso.
En mi mente refleja venturoso
el tiempo grato de la infancia mía,
cuando yo era feliz y² sonreía
con el reír de los niños tan dichoso.
Mas, ¿dónde estás, feliz edad primera,
inocente existencia sin dolores,
cuando un hermoso porvenir se espera,
de espléndidos y mágicos³ colores?
Pasaste, como un sueño afortunado,
¡y solo tu⁴ memoria me ha quedado!

Fuente:
Jesús Laparra, *Ensueños de la mente*, Guatemala, Imprenta de P. Arenales,
1884, p. 11.

¹ Id. Poema: lajgtps01-0010.

² y : me *ad. uarsv01gpcal* | *uarsv01gpcal2*.

³ espléndidos y mágicos : espléndidos, magníficos *uarsv01gpcal* | *uarsv01gpcal2*.

⁴ tu : su *uarsv01gpcal*.



Fig. 4. Rastreo del poema “Un recuerdo (Fuente: elaboración propia)

Ahora, cabe explicitarlo, mi registro ha dependido, ante todo, de mis posibilidades de acceder o no a ciertos materiales. Soy mexicana, vivo en México y estudié un posgrado en literatura nacional, lo cual justifica mi conocimiento de más escritoras mexicanas; Argentina cuenta con importantes proyectos de digitalización de periódicos y revistas culturales (como el Archivo Histórico de Revistas Argentinas), lo mismo que Uruguay (Anáforas) y Chile (Memoria Chilena y Biblioteca Nacional Digital de Chile). Pese a su incompletitud, el conteo demuestra que las escritoras han estado allí siempre, como dije párrafos atrás.

El registro y el seguimiento de los parentescos sanguíneos y políticos, tanto entre las escritoras como entre éstas y varones relevantes del horizonte social,

político y cultural de su tiempo también ofrece información útil. Por ejemplo, recuperar el apellido materno expone familias extensas de escritoras. Ofrezco el ejemplo de la familia Pierra y Agüero, de Cuba. Todas las personas registradas en la Figura 5 tuvieron alguna participación en la vida literaria cubana.

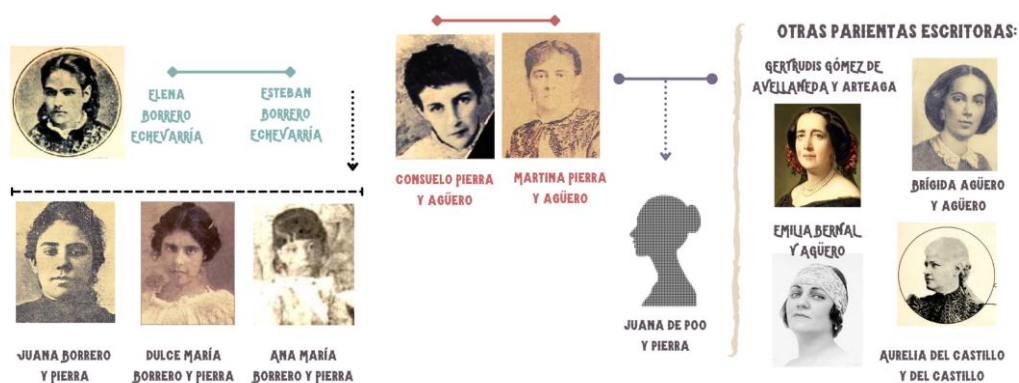


Fig. 5. Genealogía de la familia Pierra y Agüero (Fuente: Elaboración propia)

Y prestar atención a los varones hace ver que un gran número de ellos no se “hicieron a sí mismos”, sino gracias a una familia ligada al ámbito literario o artístico. Como casos especiales valdría mencionar a Salvador Salazar Arrué, mejor conocido como Salarrúe, hijo y sobrino de mujeres escritoras: María Teresa y Luz Arrué, incluidas en *Parnaso salvadoreño*, publicado en España por Salvador L. Erazo a principios del siglo XX; o a Pedro Henríquez Ureña, pues no siempre se menciona que su madre, Salomé Ureña, fue una de las grandes figuras literarias de República Dominicana; o que su hermana Camila fue crítica literaria y escritora.

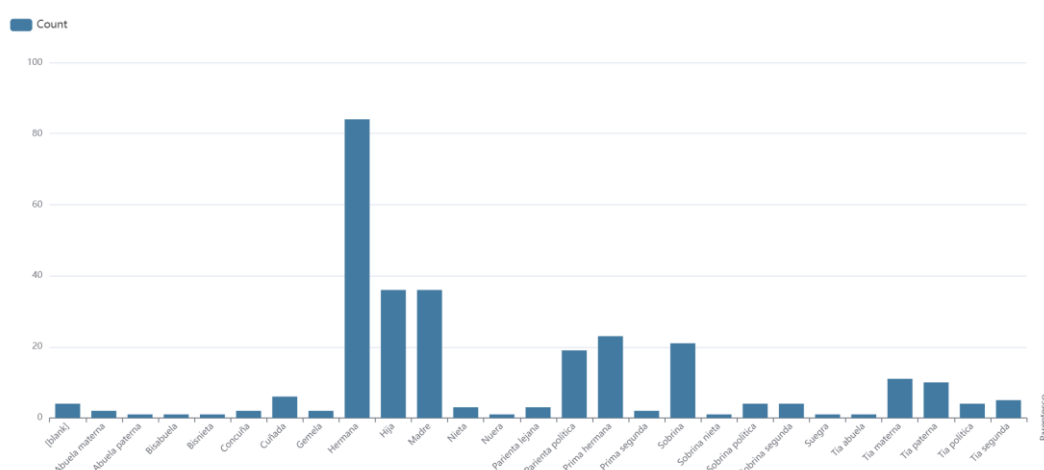


Fig. 6. Parentescos entre escritoras (Fuente: elaboración propia)

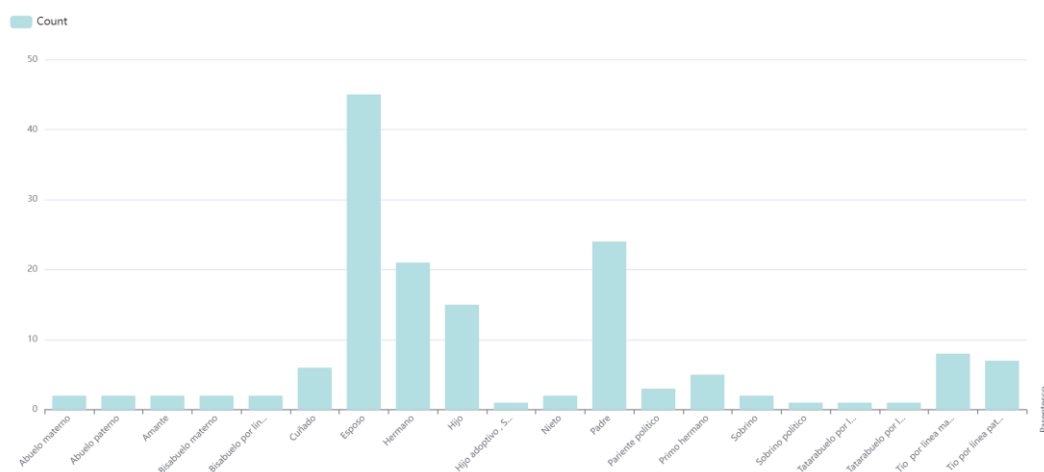


Fig. 7. Parentescos de las escritoras con varones relevantes del panorama artístico, social y político (Fuente: elaboración propia)

Dejo hasta aquí la plasmación de los primeros resultados de mi investigación, aunque la información que he logrado generar es vasta, y admite ser organizada y reorganizada en función de diferentes preguntas, búsquedas y fines. Buena parte de la información a la cual me he referido a lo largo de este artículo puede consultarse mediante cuatro herramientas digitales disponibles en línea, aunque todavía en proceso de ampliación y mejora: el Catálogo interactivo, el Repertorio interactivo, la Cartografía Interactiva y la Bibliografía Interactiva. Todas pueden consultarse en <https://hybris.mx/medousa/>.



Fig. 8. Vista de catálogo, cartografía, repertorio y bibliografía interactivas (Fuente: Hybris. Escritoras latinoamericanas y caribeñas (<https://hybris.mx/medousa/>))

A modo de conclusiones

La historia literaria o, mejor dicho, la totalidad de nuestras concepciones relativas a esa esfera de actividad humana que hoy llamamos literatura es resultado de un largo proceso histórico, no siempre armonioso, de sedimentación y actualización de ideologías, modas, gustos, tendencias, deseos, búsquedas, etc. A menudo olvidamos esta particularidad de las disciplinas del saber humano: todas ellas surgen, siempre, en contextos espaciotemporales específicos e identificables, y se moldean, siempre, en función de necesidades e intenciones también específicas y, muchas veces, identificables. Solemos olvidar su condición histórica porque, cuando ganan fama, las concepciones se naturalizan, disimulan su origen y se revelan ante el mundo como verdades irrefutables o como hechos. Ésta fue una de las grandes aportaciones de Michel Foucault. Como es bien sabido, desde hace varias décadas la genealogía es reconocida como una estrategia metodológica simple y útil para rastrear y representar distintos tipos de relaciones. Sin embargo, de un tiempo para acá se ha convertido también en una poderosa herramienta hermenéutica.

En este artículo he intentado resaltar la utilidad de poner sobre tela de juicio las ideas vigentes sobre la escritura de mujeres, sobre todo las que fueron construidas antes del acceso de las mujeres al pódium, a la palestra, a la universidad, a la voz pública. Debemos desconfiar de la “evidencia”, pretendidamente neutra, y volver a recorrer el camino para desfacer entuertos, resanar olvidos —intencionales o no—, recalibrar las balanzas, e intentar construir el panorama completo, o lo más completo posible, de la contribución de las escritoras a la vida cultural y literaria de nuestros países. Sólo entonces estaremos en condiciones de juzgar, con ojos solidarios pero justos, lo que ha sido la literatura hecha por mujeres, tanto en Latinoamérica como en el mundo.

Obras citadas

“Códigos uniformes de país o de zona para uso estadístico”. Naciones Unidas, 1999.

[https://unstats.un.org/unsd/publication/SeriesM/Series_M49_Rev4\(1999\)_sp_with\(2001\)_corrigendum.pdf](https://unstats.un.org/unsd/publication/SeriesM/Series_M49_Rev4(1999)_sp_with(2001)_corrigendum.pdf).

Algee Hewitt, Mark, Sarah Allison, Marissa Gemma, Ryan Heuser, Franco Moretti, Hannah Walser. *Canon/archive: Large-scale Dynamics in the*

- Literary Field*, 2016. <https://publikationen.ub.uni-frankfurt.de/frontdoor/index/index/year/2018/docId/47005>.
- Amaro, Lorena. “En estado de resistencia: la reciente narrativa hispanoamericana de mujeres”. *Catedral tomada*, vol. 9, núm. 16, 2021, pp. 30-61.
- Arendt, Hannah. *La condición humana*, trad. Ramón Gil Novales. Paidós, 2001.
- Bach, Ana María. *Las voces de la experiencia. El viraje de la filosofía feminista*. Biblos, 2010.
- Cáceres, Zoila Aurora [Evangelina]. *Oasis de arte*. Prólogo de Rubén Darío. París: Garnier, s.f. [¿1911?].
- Drucker, Johanna. “Humanities Approaches to Graphical Display”. *DHQ*, vol. 5, núm. 1, 2011. <https://www.digitalhumanities.org/dhq/vol/5/1/000091/000091.html>.
- Foucault, Michel. “¿Qué es un autor?”, traducido por Corina Yturbe. *Dialéctica*, vol. 16, 1984, pp. 51-82. https://divcsh.izt.uam.mx/cefilibe/wp-content/uploads/2013/12/Dialectica_16_1984.pdf.
- García de León, María Antonia. *Herederas y heridas. Sobre las élites profesionales femeninas*. España: Cátedra, Universidad de Valencia, Instituto de la Mujer, 2002.
- Giménez Lorenzo, Clara. “Las jóvenes escritoras latinoamericanas rechazan ser el ‘nuevo boom’”, *ElDiarioEs*, 26 de noviembre, 2021. https://www.eldiario.es/cultura/libros/jovenes-escriptoras-latinoamericanas-rechazan-nuevo-boom_1_8530109.html.
- Rodríguez Magda, Rosa Ma. *Foucault y la genealogía de los sexos*. Anthropos, 2004.
- Schöch, Christof. “Big? Smart? Clean? Messy? Data in the Humanities”, *Journal of Digital Humanities*, vol. 2, núm. 3, 2013. <https://journalofdigitalhumanities.org/2-3/big-smart-clean-messy-data-in-the-humanities/>.
- Suárez Briones, Beatriz. “La segunda ola feminista: Teorías y críticas literarias feministas”, *Escribir en femenino: poéticas y políticas*. Coordinado por Beatriz Suárez Briones, María Belén Martín Lucas y María Jesús Fariña Busto. Icaria, 2000, pp. 25-38.